

Mi madre estaba feliz de poder mandarme a Altdorf durante cuatro semanas. Mis abuelos estaban felices de tenerme con ellos un tiempo, para variar un poco. Yo, así así: a ratos feliz y a ratos todo lo contrario.

Infeliz, por ejemplo, cuando echaba de menos mi casa. Por las noches sobre todo. Entonces, esa inmensa añoranza oprimía mi pecho y apenas podía respirar. Y ¿no sería un *Toggeli*? Una especie de bicho que aquí llaman así y que, sin ser ni espíritu ni animal del todo, aprovecha cualquier agujero o rendija, por diminuta que sea, para colarse en los dormitorios. Da miedo.



Sin embargo, se me pasaba enseguida cuando hacía tiempo para darse un baño o para encerrarse en casa y cocinar dulces o cuando, como caída del cielo, una atornadora tormenta parecía rodar montaña abajo hasta cubrir el valle. O cuando mi abuelo me contaba la historia de Guillermo Tell y de su hijo Walter; escuchándolo era feliz.

Altdorf, la pequeña ciudad donde viven mis abuelos, se encuentra en un extremo del valle, una superficie verde y plana como un molde para hacer pasteles. Junto a la autopista, entre dos diques rectos como una vía del tren, brincan alegres las aguas del Reuss. Detrás de la ciudad se yergue la primera de las montañas que rodean el valle; pedregosas y cubiertas de bosque, por eso parecen verdes. El abuelo también me las ha enseñado en el mapa, se llaman Gitschen, Geißberg, Bristen,

Schwarzgrat y Wängihorn. De la montaña de Bristen se decía que sus raíces secretas eran filones de oro puro. Pero de eso hace mucho, hoy en día de allí se extrae cuarzo.

Sobre las praderas del fondo crecen árboles frutales. Algunos de ellos son enormes y viejísimos. Entre sus troncos pastan las vacas. Siguen con la mirada los trenes que pasan de largo o bien hacia arriba, en dirección a San Gotardo, o hacia abajo, hacia el lago. Otras, sin embargo, prefieren quedarse tumbadas a la sombra, mientras sacuden sus grandes cabezas para espantar a las moscas.

En una plaza en medio de Altdorf, delante de un gran mural que representa un paisaje de montaña, se alza un monumento descomunal: un pedestal alto como un armario sostiene a un cazador barbudo, vestido con una camisa típica. Sujeta una ballesta. Apoya su otra mano sobre el

*Jürg Schubiger*

hombro de un niño: Guillermo Tell y su hijo. Ambos han quedado algo tremendos: como pensados para un mundo más grande.